

EL PROBLEMA MILITAR DEL PACTO ATLÁNTICO

Varios son los asuntos de la postguerra que por no haber sido resueltos a su debido tiempo, es decir, inmediatamente después de la terminación de la guerra, se han convertido en problemas y cuestiones; y si bien es verdad que algunos de ellos (como ha ocurrido con el «caso de España») nunca debieron ser calificados con tales adjetivos, hay otros en que el paso del tiempo no sólo no los puede borrar, como siempre borra las grandes injusticias, sino que los acrecienta y encona porque cuando insensiblemente se pasa esa invisible frontera que separa la postguerra de la preguerra, en cada uno de estos períodos se plantean distintas soluciones.

Las dudas y vacilaciones para convertir en una realidad práctica el Pacto Atlántico son quizá la mejor demostración de que el aspecto militar de dicho Pacto constituye una verdadero problema.

En los primeros días del año actual el comunicado oficial de la reunión más importante, que se efectuó en París, decía:

«El Comité se ha reunido para examinar las cuestiones que a él han sometido el Comité Militar Norte-Atlántico y el Comité Militar de la Producción y de Aprovisionamientos.

Habiéndose establecido acuerdo sobre las decisiones siguientes:

a) Un concepto estratégico para la defensa común de la zona Norte-Atlántica; b) Elaboración de un programa de producción y aprovisionamiento para armamento y equipos; c) Coordinación entre los planes de defensa de los diferentes grupos regionales; d) Preparación de los planes generales para la organización del Pacto Norte-Atlántico.»

Veamos solamente todo lo que plantea el punto a):

Si bien actualmente sería muy torpe el país que considerase aisladamente sus asuntos estratégicos sin tener en cuenta el punto de vista mundial, debe señalarse que el papel que por cualquier compromiso aceptado se verá obligado a estudiar, siempre vendrá influenciado por una situación geográfica inmutable. Hoy día lo primero que hay que mirar para formar un concepto estratégico no son los atlas o los planos

murales, sino la fiel representación de la esfera terrestre. Sobre los planisferios y mapas planos, la U. R. S. S. y los Estados Unidos aparecen situados al Este y al Oeste del mundo; sobre la representación esférica del globo terrestre lo que verdaderamente se observa es que Rusia y América están enfrentadas en su frontera Norte y, por el contorno de estas fronteras dan la sensación de dos colosos luchadores que con un brazo extendido cada cual tratase de coger la cabeza de su rival. Este aspecto es tan impresionante que ha logrado influir en el ánimo de figuras de verdadera responsabilidad, y buena prueba es que en 1947, el general Spaatz, entonces jefe del Ejército del Aire de los Estados Unidos, declaraba: «Si nuestras defensas deben encontrarse entre nosotros y el enemigo, donde deben situarse es en la frontera ártica.»

De otro lado, los soviets también han demostrado un gran interés por el paso del Nordeste, ya que después de haber ocupado una de las islas del grupo Francisco José, se sabe que han desarrollado una cadena de puertos a lo largo de su costa nórdica.

El gran Norte es, pues, la primera zona que desde un punto de vista mundial será preciso analizar, pero en este análisis pocos serán los países del Pacto Atlántico (salvo el Canadá) que pueden aceptar un compromiso que dé un rendimiento aceptable.

Paseando por la atmósfera nuestro observatorio geográfico, comprobaríamos que conforme vamos viendo más tierras, las de América terminan por aparecer aisladas por los dos grandes Océanos; en cambio, el territorio de la U. R. S. S., cual araña que teje su tela, cada vez va aumentando las dimensiones de ésta, y en sus teorías ideológicas van cayendo viejos países de antiguas razas.

Es posible que como consecuencia de esto, los dirigentes soviéticos vean la situación del mundo con caracteres favorables.

A pesar del misterio que rodea a los Ejércitos de la U. R. S. S., el mundo aliado la supone un Ejército permanente de 175 Divisiones (de ellas, 25 blindadas), 15.000 aviones y una reserva humana de unos 20 millones de hombres. Este Ejército dispone: de unos generales a los que los aliados de la última guerra permitieron que alcanzasen el gran prestigio popular que da el haber invadido la mayor parte del territorio enemigo al frente de sus tropas; unos oficiales con una disciplina y una formación semejante a la de cualquier ejército profesional, y unos soldados a los que constantemente se les cuida su formación moral de Ejército Rojo, es decir, de único e indispensable sostén de una Revolución que mientras exista el capitalismo tendrá una «vida peligrosa»; un armamento terrestre de buenas cualidades y una aviación cuyo material para defensa y cooperación no desdice del de los Estados Unidos, y en lo que aparecen en condiciones de gran inferioridad es en el mar, en aviones de gran bombardeo, en las transmisiones y en el número de obreros especialistas.

Estos poderosos medios son los que hacen que la idea de una guerra preventiva sea desechada por los países demócrata-capitalistas, máxime cuando por ahora el contraste con los medios terrestres de que ellos disponen señala un gran desequilibrio. Mientras éste subsista, no cabe dudar que por una guerra de carácter aéreo-terrestre la U. R. S. S. puede intentar en un primer tiempo la expulsión del capitalismo en los dos continentes en que ella ocupa una posición central, y en un segundo tiempo apoderarse de la parte del continente africano que linda con el desierto. Esta idea, que puede ejecutarse repentinamente o desarrollarse poco a poco, reúne las condiciones de lo que es un verdadero concepto estratégico, puesto que privaría a sus enemigos en la vieja Europa de las zonas más pobladas y de mayor potencial económico, en el Oriente Medio de los 17.000 millones de toneladas de petróleo que constituyen la mayor parte del mundo, y en Africa del Norte, desde Marruecos hasta Egipto, de la base de partida —ya tradicional— para lanzar una contraofensiva en dirección Norte.

Contra este concepto y esta posibilidad es como hay que montar el concepto a que se refiere el comunicado de la reunión del Pacto Atlántico:

1.º Contra lo más peligroso, es decir, la acción enemiga desarrollada por sorpresa.

2.º Contra lo más probable, es decir, la misma acción pero desarrollada por fases sucesivas y con la lentitud necesaria para evitar un estado de guerra latente.

Estudiemos lo que dentro de esto pueden hacer los diferentes grupos regionales del Pacto.

El de Europa Norte.—Lo forman con Gran Bretaña, Noruega y Dinamarca (por ahora, ni Suecia ni Finlandia han querido comprometerse a nada). La situación actual es que frente a cinco divisiones soviéticas en la frontera Norte y otras seis escalonadas hasta Leningrado, no hay más que los 25.000 hombres de Noruega, sin material moderno y sin tradición marcial. Para asegurar que las costas del Mar del Norte no caigan rápidamente bajo el dominio del Ejército soviético, sería preciso que la defensa en la frontera contase al menos con unos efectivos mitad de los del atacante y con un armamento semejante al suyo. Si bien esta última condición puede resolverla el Pacto, la primera, es decir, pasar de 25.000 a 70.000 hombres, es un problema cuya clave está fuera de dicho Pacto, puesto que sólo la tiene la nación sueca.

Grupo Regional Europa Occidental.—Formado por Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Luxemburgo y Países Bajos. Estas naciones, antes de constituirse el Pacto, habían formado la Unión Occidental, creando un Estado Mayor combinado con carácter permanente y con residencia en

Fontainebleau, el cual preside el mariscal Montgomery y al que como jefe de los Ejércitos de Tierra pertenece el general francés De Lattre de Tassigny. Es lógico que el Pacto Atlántico absorba esta organización, pero esta absorción crea varias cuestiones. Los estudios, planes y proyectos llevados a cabo por la Unión Occidental fueron hechos a base de una relativa ayuda a la potencialidad exclusiva de estos países; por lo tanto, al entrar los Estados Unidos como directores del Pacto, aunque vivifiquen aquella ayuda en grado sumo, exige de todo el conglomerado un rendimiento mucho mayor y por eso, y con razón, quiere aumentar el número de países que lo forman.

En la actualidad, a las 70 Divisiones de que los soviets disponen enfrente de la Europa Occidental sólo se responde con cinco Divisiones francesas, dos inglesas, dos americanas, tres belgas, una holandesa y dos batallones de Luxemburgo. En total, 14 Divisiones.

Para el verano del próximo año, como consecuencia de los aumentos del tiempo de servicio militar activo, de los presupuestos marciales de las naciones y sobre todo del P. A. M. (Ayuda americana financiera y económica) se calcula que estos aliados podrán contar con unas 30 divisiones inmediatamente disponibles (1).

Este número es, a todas luces, inferior al que exigiría una densidad académica de tropas capaz de cubrir y defender las posibles posiciones defensivas que en Europa existen. Pero no es sólo en el número de unidades tácticas donde aparece la debilidad, sino que es precisamente en la elección de estas posiciones donde estriba el problema militar de esta zona, y prueba de ello son las vacilaciones a que esa elección da lugar.

Si se va lo más al Este posible de Europa, se está por completo en territorio alemán.

Ahora bien, defender el suelo de un país sin contar con sus habitantes, sería un proyecto que lo menos que puede decirse de él es que está falto de toda lógica, y de aquí que el rearme alemán sea una cuestión palpitante. Sin embargo, es mucho más fácil exponerla que llevarla a la práctica.

Alemania es un país moralmente deshecho. Lleva varios años totalmente ocupado, y en la zona Occidental se le ha sometido a una propaganda pacifista y derrotista que hace que el pueblo allí oriundo y los varios millones que en esa zona se han refugiado, estén faltos de la preparación psicológica necesaria para pasar otra vez, y bruscamente, a creer en el militarismo, pues a pesar de sus valores militares congénitos, la decepción ha sido grande. Los graves errores cometidos en el proceso de Nüremberg, manteniendo todavía en presidio a varios gene-

(1) Debe tenerse en cuenta que mientras Francia se vea obligada a mantener la campaña de Indochina, es difícil que pueda sobrepasar el número de 12 Divisiones en la Metrópoli.

rales de indiscutible prestigio, produce, sobre todo entre los medios puramente militares, un verdadero desasosiego, ya que sustituir a los mariscales no es una solución francamente honrosa, y todos los profesionales militares saben que para la preparación de una guerra es indispensable mandar con honor. Además, es muy difícil demostrar a ese pueblo que en los sacrificios necesarios a este fin están encerrados los verdaderos intereses alemanes. Para eso sería preciso que la bandera de defensa contra el comunismo llevase también los colores de la Unidad, los de la recuperación de los territorios perdidos y la igualdad de derechos de los contingentes militares alemanes con los de los demás países. Claro está que estos argumentos son válidos también para la zona Oriental, a pesar del menor escrúpulo que allí tienen los que simpatizan con los ocupantes, y, por eso, y en resumen, puede decirse que dar armas a los alemanes es cosa que en cualquiera de las zonas de ocupación puede hacerse rápidamente, pero lograr un verdadero ejército alemán, es asunto mucho más complejo y que por lo menos requiere un tiempo, muy difícil de calcular *a priori*.

Mientras tal ejército no exista, la posición de defensa para este grupo regional que más garantía puede ofrecer es el Rhin.

Este río, a partir de su salida de Suiza por Basilea, cumple las condiciones de un verdadero obstáculo militar, a condición de prepararlo, ocuparlo con tiempo, defenderlo con tesón y con una densidad de tropas apropiada a las características de su curso.

Este, desde Basilea hasta Karlsruh, sirve de frontera con Francia, y como la longitud de este trozo es de unos 170 kilómetros, si esta nación tuviese, como parece lógico, encomendada su defensa, ésta exigiría un mínimo de 14 Divisiones.

Desde Karlsruh hasta su entrada en los Países Bajos, el Rhin (navegable desde Manhein para barcos de 3 metros de calado), con un recorrido de unos 400 kilómetros, cubre las ricas regiones alemanas del Palatinado, el Oldemburgo y toda la Renania Occidental. Su defensa con garantía exigiría 34 Divisiones.

Y, por último, desde Emmerich, donde el río entra en territorio holandés hasta la desembocadura en el Zuiderzee de su brazo Norte el Ijsel pasando por Arneim (inolvidable recuerdo para los paracaidistas ingleses) el recorrido en plena llanura es de unos 100 kilómetros, lo que exige un mínimo de ocho Divisiones.

Es decir, que las fuerzas necesarias para garantizar la defensa inmediata del Rhin o sea obligar al atacante a montar una batalla en cuyas primeras fases no le sería posible emplear sus divisiones blindadas, nos llevan al número de 57 divisiones; pero si a éstas sumamos las blindadas o motorizadas indispensables para evitar un envolvimiento aéreo de esa posición fluvial (ya que no hay que olvidar que el ejército soviético es el único que mantiene un número desconocido de divisiones

aero-transportadas) y que para poder tener una rápida acción tendría que probablemente situarse en Utrecht, Tilburgo, Aquisgran, Luxemburgo, Nancy y Belfort, nos lleva a un total de 63 Divisiones.

En relación con el tiempo debe preverse que el despliegue tiene que estar efectuado a las veinticuatro horas de que los soviets iniciasen su ofensiva hacia el Oeste, puesto que desde la línea actual que ocupan solamente les separa del Rhin una distancia media de 300 kilómetros, y ya hemos dicho anteriormente que se les supone un mínimo de 25 Divisiones blindadas.

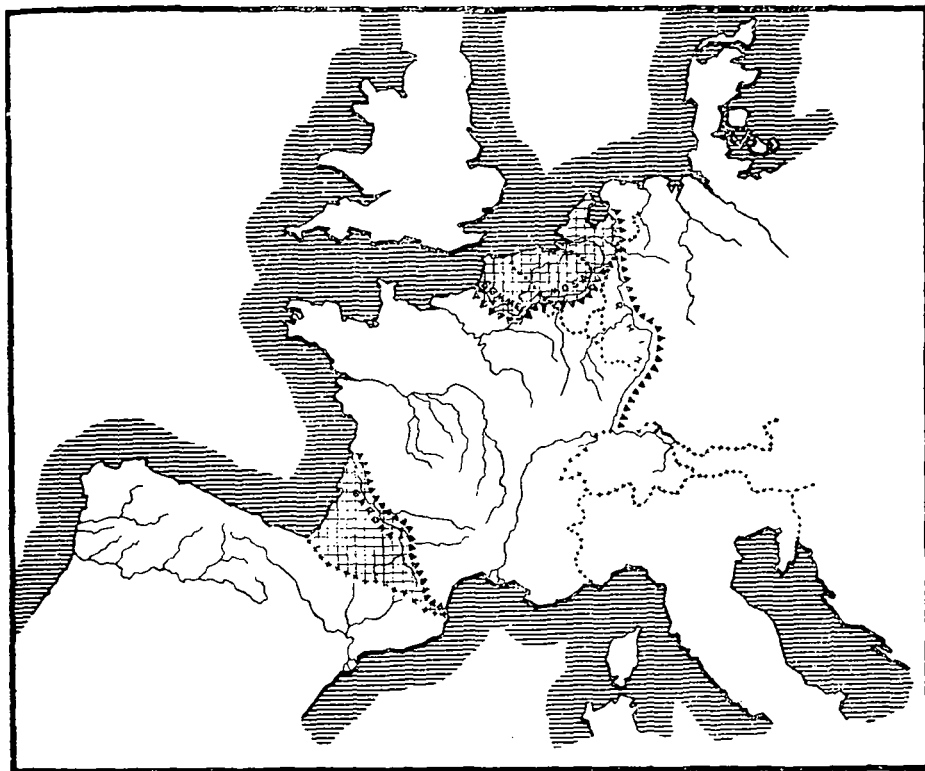
Ya hemos visto que actualmente el Pacto Atlántico, en el escenario de la defensa del Rhin, no dispone ni con mucho de esas fuerzas y aunque concentrase sus esfuerzos principales de defensa en el cierre de los clásicos caminos de invasión que pasan por Belfort (encomendado a Francia), y por Coblenza y Colonia (encomendado a un ejército americano-alemán-belga), y por Wesel (encomendado a los anglo-holandeses) las unidades tácticas que allí se establezcan correrán una aventura.

Basta una ojeada a un mapa físico del Occidente de Europa para ver que más al Occidente del Rhin no hay ninguna posición defensiva que reúna en toda su extensión las condiciones que tiene este río, y de aquí el que tanto se hable y se piense en repliegues y acciones retardatrices que terminen por conservar dos cabezas de puente dentro del continente europeo. Una al Norte, que defendiendo el Ijssel, el Mosa, el Sambre y el Somme esté apoyada por una potente aviación desplegada en las islas inglesas, y otra al Sur defendiéndose para cubrir el puerto de Burdeos y después el Garona, el Ariège y la zona montañosa de los Pirineos Orientales y apoyada por la aviación que se pose en Mont de Marsan y en los aeródromos españoles con misión de asegurar la libre disposición de las comunicaciones con los puertos portugueses y con Africa del Norte.

En esta idea, que se sale de las actuales posibilidades del Pacto, puesto que tiene la grave hipoteca de que España no forma parte de él, es donde se coordina la acción con lo que pueda hacer el grupo regional *sureuropeo* o *del Mediterráneo occidental*. Por ahora, este grupo lo forman Francia, Gran Bretaña e Italia. La situación de Italia es un enigma y como tal muy difícil de pronosticar, puesto que todo depende de la actitud yugoslava. Fácilmente se comprende que no basta que este país declare la neutralidad, puesto que a pesar de ello siempre se inmovilizarían las siete Divisiones italianas que ahora podrían mantenerse en los 75 kilómetros de longitud que tienen su frontera. Pero si la ofensiva soviética en Occidente tiene éxito, en cuanto los uniformes con estrella roja aparezcan en Lyon, Marsella y Niza, muy difícil será que aquella neutralidad se mantenga o que las divisiones italianas no tengan que intervenir en apagar los fuertes brotes comunistas de toda la región industrial del Po. En este caso, para no perder el Norte de

Italia (y quizá Suiza, la «eterna neutral»), es indispensable que el frente aliado se establezca en los Balcanes, atravesando por el territorio yugoslavo. Pero, ¿quién toma en consideración una moral anticomunista en esta región?

Lo único, pues, que en este grupo regional puede preverse es que



las tropas italianas retarden la entrada en acción del ejército de Tito, y en último extremo mantengan fuera de la ocupación comunista, de cualquier color que éste sea, el trozo de península que queda al Sur de la zona montañosa de los Apeninos que engloba Florencia. Es decir, asegurar las comunicaciones por el Mediterráneo siempre que sus costas estén defendidas en los Pirineos, en los Dardanelos y en el Bósforo.

Esto es, en grandes líneas, como aparecen los problemas militares de los actuales grupos regionales del Pacto Atlántico. Su carácter puramente defensivo no se basa solamente en una propaganda de tipo político, sino que es consecuencia de la debilidad militar, y esta misma

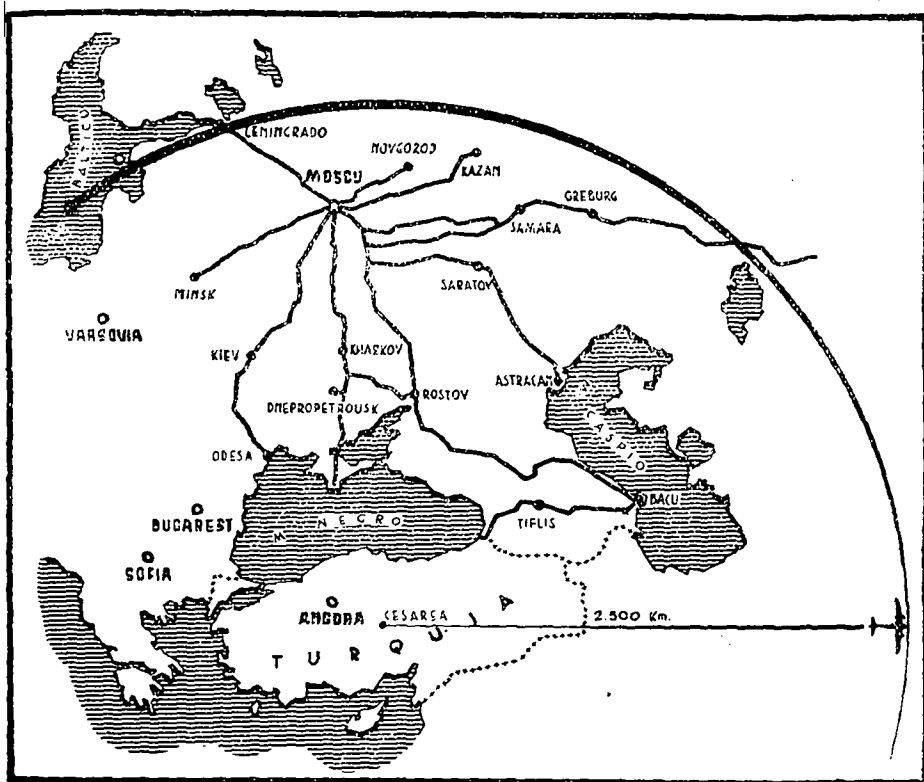
razón es la que también convierte en pura teoría la frase de «apoyo recíproco» que las actuales naciones europeas que lo han firmado pueden prestarse; y si con Suecia y España, formando parte del Pacto, podrían asegurarse con garantía las dos cabezas de puente a que anteriormente nos hemos referido, no debe olvidarse que si la reacción ofensiva tarda algún tiempo, en contraste con lo ocurrido en la última guerra, lo que de la Europa Occidental se recupere sólo serán ruinas.

Pero como al principio de este artículo se ha indicado, la estrategia moderna tiene que mirar más vastos horizontes. En los clásicos Balcanes, salvo Grecia, muy debilitada, y Turquía, todos los demás pueblos obedecerán la consigna soviética; también aquí, simultáneamente a la marcha triunfal de una ofensiva en Occidente, aquellas dos naciones se verán atacadas por las tropas comunistas de Hungría, Rumania y Bulgaria. Inmovilizarán aquéllas totalmente a los griegos y fijará esta última una gran parte de los efectivos turcos necesariamente obligados a defender el Bósforo y los Dardanelos, pero si este camino indispensable para entrar en el Mar Negro logra mantenerse incólume, la reacción ofensiva en esta región coordinada con otra en el Oriente Medio puede ser una amenaza de muerte para la cabeza del comunismo.

Por ahora, la situación al Sur del Cáucaso no permite pensar en esa reacción, puesto que a las 30 Divisiones soviéticas que allí pueden actuar con rapidez, sólo se les oponen tres iranesas, dos del Irak y las tres o cuatro que entre sirios y libaneses reforzados con las de Jordania se pueden organizar; mas si se mantiene el territorio turco y el gran aeropuerto que es la isla de Chipre, no sería la primera vez que en este llamado Medio Oriente se organizase un potente ejército, ya que en esta última guerra y en unos cuantos meses, aparte de las tropas expedicionarias que se establecieron en Egipto, allí se concentraron, se equiparon y se armaron los 120.000 polacos del general Anders, que tan brillante papel jugaron más tarde en la campaña de Italia.

A condición de cuidar la ideología de sus habitantes, en estas regiones, a los ejércitos expedicionarios anglo-americanos, pueden unírseles muchos miles de voluntarios, y si tenemos en cuenta las distancias que separan las bases aéreas de toda esta región (incluida Turquía) de los centros vitales soviéticos, veríamos que con aviones que tengan una autonomía de 5.000 kilómetros podrían destrozarse los tres principales sectores de la industria soviética establecidos en Ucrania, en las cercanías de Moscú y en el Sur de los Urales hasta Magnetogorsk inclusive; y, lo que es más grave, atacar el tráfico ferroviario en la inmensa área comprendida entre el Paralelo que pasa al Norte de Moscú, la vertical de Varsovia y el meridiano que pasa por Kazán (la ciudad en donde los Zares se consideraban invencibles), al Este, lo que supondría paralizar las comunicaciones en pleno corazón del país.

En esta región del mundo es donde la esperanza de que el comunismo sufra un descalabro, ya que es en la única donde se puede cumplir el gran principio del arte militar de que «sólo la ofensiva conduce a resultados positivos»; porque en Asia Oriental la nueva situación política de China bien recientemente ha puesto de manifiesto la forta-



leza de la cobertura que allí tienen los soviets, y muy torpe sería empeñarse contra ella en acciones ofensivas.

El problema militar del Pacto Atlántico para los Estados Unidos estriba en reforzar los ejércitos de las naciones que lo forman, de modo que la defensa de Occidente, conservando como mínimo las regiones Mediterráneas, dure lo suficiente para poder transportar por ese camino vital y concentrar después todo su esfuerzo guerrero en el Medio Oriente, para, por medio de operaciones combinadas de tipo ofensivo, llevar la guerra al corazón de la U. R. S. S. Si esto se logra, el prestigio del comunismo sufriría un gran quebranto, y entonces, y sólo entonces,

es cuando es probable que la pérdida de ese prestigio fuese la señal de la rebeldía en muchos de los pueblos que ahora tiene sometidos.

Pero para todo ello es indispensable aumentar la potencialidad humana de los Estados Unidos, sin que con los refuerzos que esto supone se mezclen traidores. Por eso es preciso que a todos los que solicitan su ayuda se les exija de manera terminante que declaren al comunismo fuera de su ley. Ya no basta dirigir o aconsejar; hoy día es necesario mandar.

En ningún momento se debe olvidar que la mística que en el otro bando existe no está en el alma del pueblo ruso, sino en el comunismo propiamente dicho. Para combatir esa mística hay que predicar una cruzada, y sólo cuando ésta haya sido suficientemente propagada para que los gobiernos de los pueblos comprendan que a quien hay que utilizar es a los hombres que creen en un solo Dios, es cuando el Mando Supremo de los Estados Unidos, al comenzar esa terrible guerra ideológica que nos amenaza, podrá, inspirándose en la célebre frase de Nelson, ampliarla diciendo: «El mundo espera que todos los creyentes cumplan con su deber.» Hasta ahora, no lo han cumplido.

EL CONDE DE ALMINA.